

## SEGUNDA PARTE

### I

#### DIGRESIÓN NUKA-HIVIANA

(Que el lector puede dispensarse de leer, pero que no es muy larga.)

El sólo nombre de Nuka-Hiva entraña la idea de penitenciaría y deportación, por más que nada justifique ya en la actualidad esta penosa idea. Hace ya muchos años que los condenados dejaron de ser deportados á este hermoso país, y la inútil ciudadela de Taiohaé no es ya más que una ruina.

Libre y salvaje hasta 1842, esta isla pertenece desde aquella fecha á Francia; arrastradas en la caída de Tahiti, las islas de la Sociedad y de Pomotous, la de Nuka-Hiva perdió su independencia al mismo tiempo que estos archipiélagos abandonaban voluntariamente la suya.

Taiohaé, capital de la isla, encierra en su seno á una docena de europeos: el gobernador,

el piloto, el obispo misionero, las hermanas—cuatro Hermanas de la Caridad que tienen una escuela de niñas—y para completar el cuadro, cuatro gendarmes.

En medio de toda esta sociedad, la reina, desposeída de sus derechos autoritarios, recibe del gobernador una pensión de seiscientos francos, y además la ración del soldado para ella y su familia.

Antiguamente hacían allí escala muchos barcos balleneros, y los naturales tenían que sufrir las vejaciones de los marineros indisciplinados, que distribuyéndose por las chozas, lo atropellaban todo, produciendo grandes escándalos.

En la actualidad, gracias á la *imponente* presencia de cuatro gendarmes, los marineros prefieren *expansionarse* en las islas vecinas.

Los insulares de Nuka-Hiva eran numerosos antes; pero recientes epidemias, de importación europea, les han más que diezclado.

La belleza de sus formas es célebre, y la raza de las islas Marquesas está reputada como una de las más hermosas del mundo.

Es preciso algún tiempo, sin embargo, para habituarse á aquellas extrañas fisonomías y darse cuenta de sus atractivos y encantos.

Las mujeres, cuyo talle es muy gracioso y muy perfecto, tienen los rasgos demasiado du-

ros, como si estuvieran tallados á golpe de hacha, y su género de belleza está fuera de todas las reglas.

Las mujeres de Taiohaé han adoptado como traje las largas túnicas de muselina, tan en uso en Tahiti; llevan el pelo una mitad corto y la otra mitad largo, enmarañado y rizado, y se perfuman con sándalo.

Pero en el interior del país estas costumbres femeninas son extremadamente sencillas...

Los hombres se contentan con llevar por todo traje un estrecho cinturón, pareciéndoles el mejor de los trajes las azuladas figuras que se dibujan en el cuerpo.

Así es que los dibujos están hechos con un cuidado y un arte infinitos; pero por un extraño capricho, estos dibujos están localizados á una sola mitad, derecha ó izquierda del cuerpo, en tanto que la otra mitad permanece blanca, ó poco menos.

Las listas de azul sombrío que cruzan su rostro les hacen aparecer doblemente salvajes y resaltar de una manera extraña lo blanco de los ojos y el delicado esmalte de los dientes.

En las islas vecinas, rara vez en contacto con los europeos, todas las excentricidades de los peinados con plumas están aún en uso, así como los dientes ensartados en largos collares y guedejas de lana negra colocados en las orejas.

Taiohaé ocupa el centro de una bahía profunda, encajonada entre altas y abruptas montañas de caprichosas formas. Un denso verdor cubre todo este país como un espléndido manto. En toda la isla existe la misma confusión y abundancia de árboles y de esencias útiles y preciosas; millares de cocoteros de inconcebible altura balancean perpetuamente su cabeza de gigante por encima de los bosques.

Las cabañas, poco numerosas en la capital, están con algún gusto diseminadas á lo largo de la umbrosa avenida que sigue las ondulaciones de la playa.

Á la espalda de esta encantada y única avenida, algunos senderos cubiertos conducen á la montaña. El interior de la isla está tan enmarañado, hay tal confusión de bosques y de rocas, que rara vez es posible saber lo que pasa en él, y las comunicaciones entre las diferentes bahías son por mar, en las embarcaciones de los indígenas.

Allí, en lo alto de la montaña, es donde están encaramados los viejos cementerios *maorís*, objeto de terror para todos y residencia de los terribles Toupapahous...

Hay pocos transeuntes por las calles de Taiohaé. Las agitaciones incesantes de nuestra existencia europea son desconocidas por completo en Nuka-Hiva. Los indígenas pasan la mayor parte del día acurrucados delante de sus

chozas, en una inmovilidad de esfinge. Como los tahitianos, ellos, se mantienen de los frutos de sus bosques y todo trabajo les es desconocido é inútil. Si de tiempo en tiempo se van aún algunos á pescar por glotonería, la mayor parte prefieren no tomarse esta molestia.

La *popoi*, uno de los manjares más refinados, es una bárbara mezcla de frutas, de peces y de cangrejos fermentados bajo tierra.

El humillo de este manjar es indefinible.

La antropofagia, que reina aún en una isla vecina, Hivoa (ó la Dominica), está olvidada en Nuka-Hiva hace ya algunos años. Los esfuerzos de los misioneros han introducido esta feliz modificación en las costumbres nacionales; desde cualquier otro punto de vista considerado, sin embargo, el cristianismo superficial de los indígenas ha permanecido sin acción sobre su género de vida, y la disolución de sus costumbres excede á todo lo imaginable...

Se encuentran aún en poder de los indígenas algunas imágenes de su dios. Este es un personaje de cara horrible, semejante á un feto humano.

La reina tiene cuatro de estas horrorosas figuras esculpidas en las varillas de su abanico.

## II

## PRIMERA CARTA DE RARAHU Á LOTI

TRADUCIDA DEL MAORÍ

*(Llevada á las Marquesas por un barco ballenero.)*

Apiré 10 de mayo de 1872.

«¡Oh Loti, mi grande amigo! ¡Oh esposo mío querido; yo te saludo por el verdadero Dios! ¡Mi corazón está triste desde que te has ido tan lejos, desde que no te veo!

»Yo te suplico, ¡oh amiguito mío querido!, que cuando esta carta llegue á tu poder, me escribas comunicándome tus pensamientos, á fin de que yo esté contenta.

»¡Quizás sucede ya que tu pensamiento se ha apartado de tu Rarahu, como acontece siempre aquí á los hombres cuando se separan de sus mujeres!

»Nada ocurre de nuevo en Apiré por ahora, sino que Turiri, mi gatito muy amado, está muy malito y habrá muerto probablemente cuando tú regreses.

»Aquí acaba mi discurso.

»Yo te saludo.—Rarahu.»

## III

## LA REINA VAÉKÉHU

...Siguiendo, hacia la derecha, la única calle de Taiohaé, se llega, muy cerca de un límpido arroyo, á los barrios de la reina. Un árbol de bananas, en gigantescas proporciones desarrollado, extiende su triste sombra sobre la cabaña real. En las ondulaciones de las raíces, á manera de reptiles, se encuentran mujeres sentadas, vestidas comunmente con túnicas de un color amarillo de oro, que dan á su tez el aspecto del cobre. Los rostros de estas mujeres son de una dureza feroz, y os ven llegar siempre hacia ellas con expresión de salvaje ironía.

Sentadas y medio dormidas todo el día, permanecen inmóviles y silenciosas como ídolos.

Aquella es la corte de Nuka-Hiva. La reina Vaékéhu y su servidumbre. Bajo apariencia tan poco seductura, aquellas mujeres son cariñosas y hospitalarias; las encanta el que un extranjero se siente entre ellas, y le ofrecen sin cesar cocos y naranjas.

Isabel y Atéria, dos damas de la reina que hablan el francés, os dirigen entonces, de parte de la reina, las más absurdas preguntas á propósito de la última guerra de Alemania. Hablan alto, pero con mucha lentitud, y acentúan cada palabra de una manera singular. Las batallas en que se las dice que han tomado parte más de mil hombres, las hace sonreír con incredulidad; lo numeroso de nuestros ejércitos excede á lo que ellas pueden concebir.

La conversación, sin embargo, languidece bien pronto; algunas frases cambiadas les son suficientes; su curiosidad está satisfecha, y la recepción terminada; la corte se momifica de nuevo, y por más que os esforcéis en llamar la atención, ya nadie se ocupa de vos...

La morada real, edificada bajo los auspicios del Gobierno francés, está situada en un rincón solitario, rodeada de cocoteros y de tamarindos.

Pero al borde del mar, al lado de esta modesta morada, otra vivienda, vivienda aparatosa, construída con todo el lujo indígena, revela aún la elegancia de la arquitectura primitiva.

Sobre un portal cuyo piso es de grandes piedras negras, pesadas columnas de magníficas maderas de las islas sostienen el edificio.

El techo y las paredes están formados con ramas de limonero, elegidas entre millares de

ellas, derechas y lisas como juncos, y todas estas maderas están unidas entre sí por una especie de tejido de cuerdas de distintos colores, dispuestas de tal manera, que forman dibujos regulares y complicados.

Allí la corte, la reina y sus hijos, pasan todavía largas horas de inmovilidad y de reposo, viendo consumirse sus cuerpos al ardiente sol.

Los pensamientos que contraen el extraño rostro de la reina, son un misterio para todos, y el secreto de sus eternos ensueños es impenetrable. ¿Es esto tristeza ó embrutecimiento? ¿Piensa en algo, ó no piensa en nada? ¿Lamenta su independencia perdida, ó el salvajismo que se va y su pueblo que degenera y se le escapa?...

Atéria, que es su sombra y su perro, por decirlo así, está en condiciones de saberlo; quizás ésta, para la reina indispensable joven, pudiera decirnoslo; pero todo induce á creer que lo ignora; casi se puede asegurar que ni siquiera ha pensado en ello...

Vaékéhu consintió, con verdadero agrado, en dejar sacar numerosos ejemplares de su retrato; jamás he visto modelo más tranquilo ni que se deje examinar más á placer.

Esta reina destronada, con sus largos cabellos á media melena y su altivo silencio, conserva aún cierta grandeza.

## IV

## VAÉKÉHU EN LA AGONÍA

Una noche de luna muy clara, á tiempo que pasaba yo solo por un sendero cubierto que conduce á la montaña, las demas de la servidumbre de la reina me llamaron.

Después de haber estado algún tiempo enferma la Soberana, me dijeron estaba próxima á morir.

La habia puesto ya la Extremaunción el Obispo misionero.

Vaékéhu, tendida en el suelo, retorciase los pintados brazos, con todas las muestras del más vivo sufrimiento; sus sirvientas, acurrucadas á su alrededor, con los cabellos desgredados, exhalaban gemidos y representaban el duelo (según la expresión bíblica, que fija perfectamente la manera particular de lamentarse).

Rara vez se ven en nuestro mundo civilizado escenas tan extrañas; en aquella choza desnuda, ignorante de todo el aparato lúgubre que se añade en Europa á los horrores de la muerte, la agonía de aquella mujer revelaba una

poesía desconocida y llena de amarga tristeza...

Al día siguiente, muy temprano, dejaba yo á Nuka-Hiva para no volver jamás allí, y sin saber si la Soberana habia ido á reunirse á los viejos Reyes del *tatuage*, sus antepasados.

Vaékéhu es la última de las reinas de Nuka-Hiva; pagana en otro tiempo, y un tanto canibal, se habia convertido al cristianismo, y la proximidad de la muerte no la causaba ningún terror...

## V

## FÚNEBRE

Nuestra ausencia habia durado un mes justo, el mes de mayo de 1872.

Era ya muy de noche cuando el *Rendeer* ancló en aguas de la rada de Papeete, el 1.º de junio, á las ocho de la noche.

Cuando salté de nuevo en tierra, en aquella deliciosa isla, una mujer joven que parecia esperarme bajo los *bouraos*, adelantó hacia mí.

—¿Eres tú, Loti? No te inquietes por Rarahu; te espera en Apiré, adonde me ha encargado que te acompañe. Su madre Huamahine murió la semana pasada; su padre Tahaapairu

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ha muerto también esta mañana, y ella está al lado del cadáver, con las otras mujeres de Apiré, en la velada fúnebre.

Te esperábamos todos los días, continuó Tiahoui: teníamos constantemente los ojos fijos en el mar. Esta tarde, á la puesta del sol, desde el momento en que una vela blanca apareció á lo lejos, reconocimos al *Rendeer*; en seguida le vimos entrar en el paso de Tanoa. y entonces vine aquí á esperarte.»

Seguimos todo á lo largo de la playa, para llegar más pronto, andando muy de prisa á pesar de lo húmedo del suelo, pues había estado lloviendo todo el día.

Tiahoui me hizo saber por el camino, que se había casado hacía quince días con un joven tahitiano llamado Teharo, y que había dejado el distrito de Apiré para habitar con su marido el de Papeuriri, situado á dos días de camino al Sudoeste. Tiahoui no era ya la jovencita risueña y traviesa que yo había conocido. Hablaba con cierta gravedad, y parecía más mujer y más formal.

Nos encontramos bien pronto en los bosques.

El arroyo de Fataoua era un verdadero torrente y producía mucho ruido; el viento sacudía las mojadas ramas sobre nuestras cabezas, y sobre nosotros lanzaba gruesas gotas de agua.

Una luz se vió brillar á lo lejos en el bosque. Aquella luz brillaba en la cabaña, que encerraba el cadáver de Tahaapairu.

La cabaña que había cobijado la infancia de mi amiguita era de forma ovalada, baja como todas las cabañas tahitianas, y estaba levantada sobre grandes piedras negras. Las paredes eran delgadas ramas de *bourao*, colocadas verticalmente, que dejaban claros entre sí, como los de los barrotes de una jaula de fieras. Á través de ellos se distinguían formas humanas, inmóviles, cuyas fantásticas sombras parecía llevar de un lado para otro la luz agitada por el viento.

En el momento en que franqueábamos el fúnebre dintel, Tiahoui me empujó bruscamente hacia la derecha; yo no había visto los dos grandes pies del muerto, que salían fuera del dintel, á la parte izquierda, y faltó muy poco para que los pisara: un calofrío recorrió mi cuerpo, y volví la cabeza para no verlos.

Había allí cinco ó seis mujeres sentadas en fila al lado del muerto, y en medio de ellas Rarahu, fijando ansiosa y triste mirada sobre la puerta.

Conoció mis pasos, corrió hacia mí y me arrastró fuera de la cabaña.

## VI

Cuando hubimos satisfecho nuestra deseo de besarnos y abrazarnos, estrechándonos fuertemente entre nuestros brazos enlazados, nos sentamos sobre el húmedo césped cerca de la cabaña en que reposaba la muerte. Mi amiguita no tenía ya miedo, y ambos hablábamos con calor, pero muy bajito, como cuando se tiene por vecinos á los muertos.

Rarahu estaba sola en el mundo, y había decidido abandonar al día siguiente la choza en que acababan de morir sus viejos padres...

—«Loti—me decía, tan bajo que su dulce vozcecita llegaba á mi oído como un soplo—Loti, ¿quieres que habitemos juntos una casa en Pa-peete? Viviremos como vivieron tu hermano Rouéri y Taimaha, como viven otros muchos, que son muy felices, y á quienes ni la reina ni el gobernador tienen nada que decir. Yo no tengo más amparo que el tuyo en el mundo, Loti, y tú no puedes dejarme abandonada...

»Bien sabes que ha habido muchos de tu país que se han hallado tan á gusto entre nosotros, que se han naturalizado como tahitianos para no separarse de aquí en toda su vida...»

Yo sabía todo esto muy bien; tenía perfecta conciencia del omnipotente encanto de la voluptuosidad y de la pereza, y por esto mismo vacilaba un poco.

Mientras nosotros hablábamos, las mujeres de la velada fúnebre habían salido sin ruido, una á una, desapareciendo por el sendero de Apiré. Se hacía ya demasiado tarde.

—Ahora, entremos—dijo Rarahu.

Los grandes pies desnudos se veían desde fuera; pasamos al lado del cadáver, los dos estremecidos de terror. No había ya al lado del muerto más que una mujer vieja que estaba acurrucada, una parienta del muerto que hablaba consigo misma; me dió las buenas noches en voz baja, y me dijo: *¡A parahí oé!* (¡Siéntate!)

Entonces contemplé á aquel viejo sobre el cual temblaba la indecisa luz de una lámpara indígena. Tenía los ojos y la boca entreabiertos; la blanca barba, que debía haber crecido después de la muerte, se hubiera creído un líquen sobre amarilla piedra, y sus largos brazos, *tatuados* de azul, estaban extendidos á lo largo de su cuerpo con la rigidez de una momia; lo que resaltaba sobre todo en aquella cabeza de muerto, eran los rasgos característicos de la raza polinesiana, la particularidad *maorí*. Todo él era el tipo ideal de Tou-papahou...



Rarahu, siguiendo mi mirada, fijó la suya en el muerto, se estremeció y volvió la cabeza para otro lado. La pobrecita se hacía fuerte contra el terror; quería permanecer todo el tiempo que le fuera posible al lado del hombre que la había rodeado de algunas comodidades y tenido con ella algunos cuidados en su infancia. Había llorado sinceramente á la vieja Huamahine; pero para aquel viejo, helado ya, no había tenido nunca más que un sentimiento de respeto y de deber; aquel cuerpo allí tendido y rígido no le inspiraba más que un inmenso horror.

La vieja parienta de Tahaapairu se había dormido. La lluvia caía torrencialmente sobre los árboles y los juncos del tejido, produciendo extraños ruidos, lúgubres crujidos: Los Toupapahous estaban allí en el bosque, oprimiéndose, atropellándose, á nuestro alrededor para poder ver por todos los claros de las paredes de la choza, al nuevo personaje que desde por la mañana era uno de los suyos. Yo esperaba por momentos verles introducir por entre los barrotes sus oseas manos...

—No te vayas, Lóti mío—decía Rarahu...—  
Si me dejas sola, mañana habré muerto de terror...

Permanecí toda la noche á su lado, estrechando su mano entre las mías, La acompañé hasta que los primeros albos del día

comenzaron á penetrar por entre los barrotes de su morada. Rarahu había concluido por dormirse, con su hermosa cabecita sobre mi hombro.

La coloqué con mucho cuidado sobre una esterilla de junco, y me fui sin hacer ruido...

Estaba convencido de que, al amanecer, los Toupapahous se desvanecen, y de que á aquella hora podía, sin peligro, dejarla sola...

## VII

## INSTALACIÓN

No lejos del palacio, á la espalda de los jardines de la Reina, en una de las alamedas más verdes y más tranquilas de Papeete, existe una chocita recién levantada y solitaria, al pie de una espesa alameda de cocoteros tan altos, que, á mirarla desde su altura, se creería que la choza estaba habitada por liliputienses. Todo el frente de la choza era una *verandah* (1), cubierta por guirnaldas de vanilla. A la espalda, un cercado formando un frondoso bosquecillo

(1) Especie de galería ligeramente cubierta por un tejido de juncos ó por una tela.—(N. del T.)

de mimosas, de adelfas, y de *hibiscus* la rodeaba. La *hierba doncella*, del Cabo, crecía allí por todas partes, floreciendo en el dintel de la puerta, en la ventana y hasta en el interior de la choza. Todo el día se está á la sombra en aquel rinconcito, y la calma y el silencio jamás son allí interrumpidos.

Allí, ocho días después de la muerte de su padre adoptivo, fué á establecerse conmigo Rarahu.

Se había realizado su mejor ensueño.

### VIII

#### MUO FARÉ

Una hermosa noche de invierno austral—el 12 de junio de 1872—había una gran recepción en nuestra casa; era el *muo faré*—la consagración del hogar.—Dábamos una gran *amurama*, una cena y un té. Los convidados eran numerosos, y dos chinos habían sido contratados para el caso; gentes hábiles para hacer pasteles y pasta con genjibre y para formar platos montados de fantásticos aspectos.

En el número de los convidados se contaba

desde luego John, mi hermano John, que pasaba en todas las fiestas de allá abajo, con su hermosa figura mística, inexplicable para todos los tahitianos, quienes jamás encontraron el camino de su corazón ni el lado vulnerable de su pureza de neófito.

Estaban además Plumkett, llamado *Remuna*, el príncipe Touinvira, el más joven de los hijos de Pomaré, y otros dos iniciados del *Rendeer*. Y luego toda la voluptuosa banda de las damas de la corte, Faimana, Téria, Maramo, Raouréa, Tarahu, Eréré, Taouna, hasta la negra Tetouara.

Rarahu había olvidado sus odios de niña contra todas aquellas mujeres, ahora que como dueña de casa iba á hacerles los honores de la suya.—Ni más ni menos que Luis XII, rey de Francia, olvidó las injurias del duque de Orleans.

Ninguno de los invitados faltó á la cita; por la noche, á las once, se llenó la choza de mujeres jóvenes con túnicas de muselina, coronadas de flores, bebiendo alegremente, jarabes, cerveza, royendo terrones de azúcar, comiendo pasteles y cantando *himené*.

En el transcurso de la velada se produjo un incidente bien lamentable, mirado desde el punto de vista del decoro inglés. El gatazo de Rarahu, llevado allí por la mañana de Apiré, y que habíamos, por prudencia, encerrado en un

armario, se presentó de repente en la mesa, asustado, maullando desesperadamente, derribando las tazas y rompiéndolo todo.

Su ama le abrazó tiernamente, y le volvió al armario. El incidente terminó de esta manera, y algunos días después, Turiri, completamente amansado, era un *ciudadano* pacífico de los mejor educados y de los más sociables.

En aquella cenar sardanapalesca, Rarahu, estaba ya desconocida; llevaba una *toilette* nueva, una elegante túnica de muselina blanca, que arrastraba majestuosamente, y de la cual parecía estar orgullosa, y hacía los honores de la casa con gracia y desenvoltura. Todos me cumplimentaban por mi querida; hasta las mujeres, Faimana la primera, decían: ¡*Merahi monchenehé!* (¡Qué hermosa es!) John, aunque serio como de costumbre, la sonreía de cuando en cuando cariñosamente. La dicha resplandecía en el rostro de Rarahu; aquella era su entrada en la sociedad de las jóvenes de Papeete; entrada brillante que excedía á lo que su imaginación de niña podía concebir y desear.

De este modo, alegremente, fué como dió el paso fatal. Pobre planta salvaje arrojada en los bosques, acababa de caer, como otras muchas, en la atmósfera insana y ficticia en que había de languidecer y marchitarse.

## IX

## DÍAS AÚN TRANQUILOS

Los días transeurrían muy dulcemente para nosotros al pie de los enormes cocoteros, á cuya sombra estaba nuestra morada.

Levantarse por la mañana un poco despues que el sol; salvar la barrera del jardín de la Reina, y allí, en el arroyo de palacio, bajo las mimosas, tomar un gran baño, baño que tenía un encanto particular por lo fresco de aquellas mañanas tan puras de Tahiti, era nuestra mayor delicia.

Este baño se prolongaba de ordinario en alegres y perezosas conversaciones con las jóvenes de la corte, y en estas conversaciones solía sorprendernos la hora del almuerzo, que era la del mediodía. Las comidas de Rarahu eran siempre muy frugales; como en otro tiempo en Apiré, se contentaba con frutos cocidos del árbol del pan, y algunos pasteles azucarados que los chinos iban todas las mañanas á vendernos.

Después, el sueño absorbía la mayor parte del día. Los que hayan vivido bajo los trópicos conocerán ese bienestar enervador del sueño

del mediodía. Bajo la *verandah* de nuestra morada colgábamos nuestras hamacas de álce y allí nos pasábamos horas enteras sumidos en agradables ensueños, ó durmiendo bajo la soporífera influencia del cantico de las cigarras.

Poco después del mediodía llegaba generalmente Tiahoui para jugar á las cartas con Rarahu. Rarahu que se había hecho iniciar en los misterios del *ecarté*, tenía verdadera pasión, como todos los tahitianos, por este juego importado de Europa, y ambas jóvenes, sentadas la una frente á la otra sobre una esterilla de junco, se pasaban las horas muertas, aplicadas, serias, completamente cautivadas por las treinta y dos figuritas de colores que deslizaban entre sus dedos.

Otra distracción teníamos, que era la pesca del coral en el arrecife. Rarahu, me acompañaba á menudo en piragua, á estas excursiones en que sondeábamos el agua tibia y azul en busca de madréporas raras, ó de mariscos. Había siempre en nuestro jardín, entré la maleza de los naranjos y gardenias, caracoles que se secaban, y corales que se blanqueaban al sol, confundiendo su complicado ramaje con el de las hierbas doncellas del Cabo...

Esta era aquella vida exótica, tranquila y llena de luz, aquella vida tahitiana, tal y como la había llevado en otro tiempo mi hermano *Rouéri*, tal y como yo la había entrevisto y

deseado en los extraños ensueños de mi infancia, que me transportaban sin cesar á aquellos lejanos países del sol. El tiempo transcurría, y muy dulcemente se tejían á mi alrededor esos mil hilillos inextricables, fabricados con todos los encantos de la Oceanía, que forman á la larga peligrosas redes; velos corridos sobre el pasado, la patria y la familia, que acaban por envolveros de tal manera, que difícilmente escapa uno á ellos...

... Rarahu seguía cantando mucho, como siempre. Imitaba el cántico de varios pájaros, ya estridente, ya dulce, elevando la voz hasta las notas más altas del diapasón. Continuaba siendo una de las principales partes del coro de *himené* de Apíré...

De su infancia pasada en los bosques, había conservado el sentimiento de una poesía contemplativa y soñadora, y traducía estas concepciones extrañas por cánticos; componía *himenés*, cuyo sentido vago y salvaje permanecería ininteligible para los europeos que tratan de traducirlos. Pero yo encontraba en aquellos extraños cánticos un singular encanto de tristeza, sobre todo cuando se elevaba dulcemente en el gran silencio del mediodía de la Oceanía...

Cuando empezaba á anochecer, Rarahu se ocupaba generalmente en preparar sus coronas de flores para por la noche; mas era raro que

las hiciera ella misma. Había allí algunos chinos, notables en esta clase de trabajos, que sabían fabricarlas muy extraordinarias: con capullos y hojas de verdaderas flores combinadas y reunidas, llegaban hasta formar flores nuevas y fantásticas, verdaderas flores de tocador, impregnadas de una gracia artificial y china...

Otro objeto de adorno, que *vestía* más que la simple corona de flores, era la corona de *piia*, hecha de una paja fina y blanca como la paja de arroz, y trenzada por las manos de los tahitianos con delicadeza y arte infinitos. Sobre la corona de pino se colocaba *la flor de los abismos*, que completaba este peinado de las fiestas, y que al menor soplo se desvanecía como una nube...

Llegada la noche, cuando Rarahu se había ataviado y sus largos cabellos sueltos flotaban al aire, salíamos juntos á pasear. Circulábamos entre la multitud, por delante de las tiendas iluminadas de los mercaderes chinos, en la gran plaza de Papeete, ó bien íbamos á formar corro á la luz de la luna alrededor de los bailarines de *upa-upa*.

Nos retirábamos temprano á nuestro hogar, y Rarahu, que tomaba pocas veces parte en los placeres de las demás jóvenes, estaba reputada en todas partes como una jovencita muy prudente...

Aun atravesábamos una época de tranquila dicha para ambos, y sin embargo habían desaparecido ya los días de profunda tranquilidad, de la alegría sin cuidados, de los bosques de Fataoua...

Había algo de intranquilo y de más triste que entonces. Yo la amaba más que nunca, porque estaba sola en el mundo, porque para el pueblo de Papeete ella era mi mujer. Las sencillas costumbres de la vida de los casados en aquel país nos unían más estrechamente cada día, y sin embargo, esta vida, que nos encantaba, no tenía continuación posible; iba á trastornarse bien pronto por la partida y la separación...

...Separación de las separaciones, que colocaba entre nosotros los continentes y los mares y el inmenso espesor del mundo...

## X

...Habíamos decidido ir juntos á hacer una visita á Tíahoui, en su lejano distrito, y Rarahu gozaba de antemano, desde que lo proyectamos, con la alegría que pensaba disfrutar en este viaje.

Un día, muy de mañana, emprendimos ambos la caminata á pie, llevando á la espalda

nuestro ligero equipaje de tahitianos: una camisa blanca para mí, dos *pareos* y una *tapa*, de color de rosa, para Rarahu...

Se viaja en aquel afortunado país, como se nubiese viajado en los misteriosos tiempos de la edad de oro, si los viajes hubiesen sido inventados en aquella remota época...

Allí no hay necesidad de llevar consigo ni armas, ni provisiones, ni dinero; la hospitalidad se os ofrece por todas partes cordial y gratuita, y en toda la isla no existen otros animales peligrosos que algunos colonos europeos, muy raros aún, y casi localizados en la ciudad de Papeete...

Nuestra primera etapa fué Papara, á donde llegamos á la puesta del sol, después de todo un día de viaje; era la hora en que los pescadores indígenas regresan de muy lejos en sus estrechas y ligeras piraguas; las mujeres del distrito les esperaban agrupadas en la playa, y nos vimos en gran aprieto para elegir alojamiento, pues todos mostraban gran empeño en ser los preferidos. Una tras otra, las ligeras piraguas abordaron bajo los cocoteros; los remeros, desnudos, hendían las aguas con grandes golpes de remo y tocaban ruidosamente sus bocinas de caracol, como los antiguos tritones; esto era muy original, sencillo y primitivo, como una escena de los primeros tiempos del mundo...

Al alborar del día siguiente nos pusimos de nuevo en camino...

El país que atravesábamos era cada vez más grandioso y más salvaje. Caminábamos por la ladera de la montaña, siguiendo el único sendero que encontramos en ella, y desde el cual la vista abarcaba toda la inmensidad del mar. Acá y allá se ven pequeños islotes cubiertos por una vegetación inverosímil; *pandanus* de aspecto antediluviano, maderas que se hubiera dicho escapadas al derrumbamiento de las montañas...

De trecho en trecho encontrábamos pueblecitos ocultos bajo las palmeras, con sus chozas de forma ovalada y techo de paja, en donde los graves tahitianos, acurrucados y soñolientos, perseguían sus eternos ensueños; ancianos muy pintados, de mirada de esfinge é inmovilidad de estatua; yo no sé qué de extraño y de salvaje que transportaba la imaginación á desconocidas regiones...

¡Misterioso destino el de aquellos polinesianos, que parecen restos olvidados de las razas primitivas; que viven allá abajo, de la inmovilidad y de la contemplación, y que se extinguen poco á poco al contacto de las razas civilizadas y que el siglo próximo encontrará probablemente extinguidas!...